

Bienvenidos a Guantánamo

Una perspectiva histórica

Félix Masud-Piloto

DURANTE LOS ÚLTIMOS AÑOS, CUBA Y ESTADOS UNIDOS SE HAN VISTO involucrados en una guerra política y económica en la que ambos gobiernos han usado y siguen usando como armas a los migrantes. Desde su victoria en 1959, el gobierno revolucionario cubano ha interpretado como una declaración política el deseo de un ciudadano de emigrar, o peor aún, como una traición a la Revolución y la nación. Hasta hace poco todas las salidas se consideraban permanentes, lo que significaba que, para emigrar, legal o ilegalmente, uno tendría que entregar al gobierno cubano la mayor parte de sus posesiones y, en esencia, renunciar a la ciudadanía cubana. El gobierno justificó su posición argumentando que los que deseaban emigrar lo hacían porque se veían afectados de forma negativa por las reformas sociales de la Revolución o no estaban de acuerdo con el nuevo régimen político. En realidad, la rápida partida de los que se oponían al gobierno revolucionario o aquellos que, a fin de cuentas, lo harían, le permitió al nuevo gobierno consolidar su poder. Exportar la oposición política era, en efecto, un arma poderosa que el liderazgo revolucionario utilizó desde temprano y con frecuencia.

El gobierno de Estados Unidos veía la emigración de la Cuba revolucionaria como un problema a corto plazo que encajaba con su estrategia general de la Guerra Fría de desacreditar y socavar los gobiernos comunistas. De esta manera, al ofrecer asilo político a todos los cubanos desafectos al nuevo régimen, cada emigrante cubano sería percibido (a los ojos del público estadounidense y de la opinión mundial) como un rechazo a la represión comunista y un voto a favor de la democracia y del capitalismo estadounidenses. Para cumplir estos objetivos, las leyes de EE. UU. tendrían que tratar a los cubanos de forma distinta que a los otros grupos inmigrantes, por lo menos hasta que se derrocara al gobierno de Castro.

A medida que aumentó la migración y se consolidó la Revolución, nueve presidentes estadounidenses consecutivos siguieron manejando la migración cubana dentro de los parámetros de la Guerra Fría, y respondiendo a una crisis tras otra sin tener una estrategia más amplia para evitarlas. El gobierno de Kennedy creó el Programa de Refugiados Cubanos como medida ante una emergencia; el de Johnson organizó y financió el puente aéreo de refugiados cubanos que también se conoció como «vuelos de la libertad»; el de Carter hizo lo mejor que pudo para enfrentar el puente marítimo Mariel-Cayo Hueso, y el

de Clinton confrontó la Crisis de los Balseros en el verano de 1994. La última crisis, sin embargo, tuvo como resultado uno de los cambios más significativos en la política de inmigración estadounidense hacia Cuba en casi tres decenios.

Con la esperanza de detener la inmigración ilegal y descontrolada desde Cuba, el 2 de mayo de 1995, el gobierno del presidente Clinton decidió dejar de concederle a los cubanos asilo político automático en EE. UU. Para estos últimos, esta decisión marcó el final de una era de admisión sin restricciones y trato preferencial únicamente por razones políticas. En ese momento, la política tácita de 36 años de darle la bienvenida a los cubanos a Estados Unidos fue repentinamente revocada. De la noche a la mañana y sin advertencia, los cubanos que llegaban ilegalmente ya no eran bienvenidos ni se les consideraba de una categoría especial.

La comunidad cubana en EE. UU. reaccionó fuertemente y con gran indignación al cambio de política y de estatus, acusando al gobierno de Clinton de traición y llevando a cabo protestas y actos de desobediencia civil en Miami, Union City y Washington D.C. El gobierno cubano, por su lado, aplaudió a Clinton por su esfuerzo serio con el fin de normalizar el flujo de migración entre los dos países. En realidad, el cambio en la postura del gobierno estaba más relacionado con los cambios en política nacional e internacional que con las antipatías políticas de vieja data entre EE. UU. y Cuba.

Con el fin de la Guerra Fría en 1989 y la desintegración de la Unión Soviética en 1991, la importancia de Cuba en la agenda de política exterior de EE. UU. disminuyó considerablemente. El fin de la URSS significó trastornos económicos graves y grandes dificultades para Cuba; esto limitó la capacidad de su gobierno para desafiar la hegemonía estadounidense en Latinoamérica. En ese contexto, el gobierno de Clinton estaba dispuesto a mantener la retórica anticastrista de la Guerra Fría mientras exploraba los canales diplomáticos que llevarían a un proceso migratorio de Cuba normal y controlado. Para lograr ese objetivo, sin embargo, el estatus privilegiado de la migración cubana tendría que cambiar o, por lo menos, ser modificado, para volverlo más compatible con los cambios en la política exterior de EE. UU.

HACIA UN ACUERDO DE MIGRACIÓN MANEJABLE

A pesar de las grandes diferencias en política y de la hostilidad mutua, un asunto que los dos gobiernos estaban dispuestos y tenían esperanzas de resolver era el retorno de más de 2.500 «excluíbles» del Mariel que permanecían en cárceles estadounidenses, en su mayoría desde 1980. El estigma del «marielito» parecía empeorar a medida que los medios de comunicación masiva de EE. UU. seguían haciendo de su «criminalidad» el tema central de muchas noticias. Por consiguiente, respondiendo a una combinación de presiones, desde las de los que querían que se les «devuelvan a Castro los criminales» hasta las de los grupos de derechos humanos que resaltaban la ilegalidad de detener indefinidamente sin juicio a un individuo, en 1987 Estados Unidos dio inicio a negociaciones con Cuba para intentar resolver el tema de

los «excluíbles» y reactivar los acuerdos de 1984. A pesar de que el gobierno cubano percibía el regreso de los excluíbles del Mariel como una derrota política, sentía grandes presiones para reabrir un canal de migración legal y directo hacia EE. UU.

La reactivación del acuerdo fue bienvenida por ambos gobiernos, pero recibió una respuesta violenta de aquellos que se verían más adversamente afectados por ella: los «excluíbles» que serían deportados a Cuba. Ignorados por el sistema judicial estadounidense mientras cumplían una condena aparentemente interminable, los presos cubanos en las cárceles federales de Oakdale, Louisiana, y Atlanta, Georgia, se amotinaron y exigieron audiencias de asilo individuales. Los motines dejaron a más de 200 presos y funcionarios de las prisiones heridos y más de 100 millones de dólares en daños materiales¹.

El acuerdo de 1987 simplemente reactivó los convenios de 1984, lo que se esperaba normalizaría el proceso migratorio entre los dos países. Las más importantes de las medidas tomadas fueron que se siguiera deportando a los presos del Mariel, y la promesa renovada de Estados Unidos de expedir 20.000 visas anuales a cubanos que cumplieran los requisitos para inmigrar. Sin embargo, el acuerdo nunca se ejecutó como fue proyectado que se haría. La Sección de Intereses Norteamericanos (SINA) en La Habana, culpando a la agobiante cantidad de solicitudes de visa, jamás llegó a expedir las 20.000 visas al año estipuladas por el acuerdo, algo que Castro no permitió que pasara inadvertido. En un discurso que pronunció en 1994, acusó a Estados Unidos de dilatar el proceso y violar el espíritu y la letra del convenio. Con ayuda de las cifras proporcionadas por fuentes oficiales cubanas y de EE. UU. (ver Tabla 1), pero utilizando datos sobre los balseiros de 1994 mucho más bajos que los de la Guardia Costera estadounidense (ver Tabla 2), explicó que desde 1985 hasta 1994 Estados Unidos había expedido únicamente 11.222 visas, 7,1 por ciento de las 160.000 que los dos gobiernos habían acordado. Castro también explicó que durante ese mismo período, Estados Unidos había admitido a 13.275 cubanos que llegaron a la Florida ilegalmente².

Los argumentos y el razonamiento de Castro no eran muy distintos a los de un informe preparado por la Sección de Intereses Norteamericanos en enero de 1994. En una carta confidencial interna dirigida al Ministerio de Relaciones Exteriores, la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y el Servicio de Inmigración y Naturalización (I.N.S.), los funcionarios que expedían las visas en la Sección de Intereses expusieron las dificultades con que se enfrentaban para identificar a los solicitantes de visa que tuvieran casos legítimos de violaciones a los derechos humanos: «El procesamiento de las solicitudes de refugiados sigue mostrando casos poco sólidos. La mayoría de las personas presentan solicitudes más por la situación económica que se deteriora, que por el miedo real a la persecución (...) Aunque hemos intentado de muchas formas trabajar en conjunto con las organizaciones de derechos humanos sobre las que tenemos más control para identificar con ellas a los activistas verdaderamente perseguidos por el gobierno, los casos de derechos humanos representan la categoría más débil del programa de refugiados»³.

TABLA I
CANTIDAD DE BALSEROS POR AÑO (1985-1994)

AÑO	VISAS DE INMIGRANTE EXPEDIDAS POR EE. UU.	BALSEROS ILEGALES A EE. UU.	BALSEROS DETENIDOS POR CUBA
1985	1.227		
1986*			
1987*			
1988	3.472		
1989	1.631		
1990	1.098	467	1.593
1991	1.376	1.997	6.596
1993	964	4.208	11.564
1994	544	4.092	10.975
TOTAL	11.222	13.275	37.801

*Suspensión, por parte de Cuba, del acuerdo de 1984, como protesta por la fundación de Radio Martí por el gobierno de Reagan.

Fuente: *La razón es nuestra* (Comparecencia de Fidel Castro en la televisión cubana y Radio Habana Cuba, el 24 de agosto de 1994; Editora Política, La Habana, 1994, p. 54).

Para 1990 ya estaba claro que los acuerdos migratorios de 1984 y 1987 no estaban funcionando a satisfacción de nadie. Al mismo tiempo, la caída de la Unión Soviética y de la mayoría de los gobiernos comunistas de Europa, eliminó a la mayor parte de los socios comerciales de Cuba. Esto, sumado a la baja productividad y los malos manejos, envió a la economía cubana a una caída en picada. La crisis económica, junto a la creciente presión y oposición de los grupos de derechos humanos, representó para el gobierno cubano una de las situaciones sociales potencialmente más explosivas desde 1959. Como consecuencia, la cifra de personas que salía del país de forma ilegal y por vía del mar aumentó dramáticamente de 467 en 1990 a 3.656 en 1993. En 1994 las cifras crecieron constantemente, de 716 en abril hasta 21.300 en agosto⁴. El continuo aumento de inmigrantes preocupó a muchos funcionarios en la Florida, que temían otro puente marítimo desde Cuba al estilo del Mariel. El crecimiento rápido y constante de la cifra de balseros cubanos llevó a la creación de la organización Hermanos al Rescate. La organización privada fue fundada en mayo de 1991 por pilotos voluntarios para inspeccionar el mar entre la Florida y Cuba buscando balseros. Cuando estos eran divisados, la organización informaba a la Guardia Costera estadounidense sobre su localización, contribuyendo a su rescate y al flujo continuo de emigrantes cubanos a Estados Unidos.

La existencia de una operación de rescate «privada», con aprobación del gobierno de EE. UU., presentó cuestionamientos legales y políticos significativos. Los más sobresalientes eran las contradicciones y la injusticia de la política migratoria estadounidense. En 1991 y 1992, EE. UU. reforzó su programa

de interdicción haitiano al deportar a miles de inmigrantes a Haití y detener a más de 30.000 en la Bahía de Guantánamo para esperar sus deportaciones. La doble moral de la política de inmigración de EE. UU., aplicada a los cubanos y haitianos, fue puesta en evidencia por las acciones de Washington, así como por los críticos de sus políticas. ¿Cómo podía justificar EE. UU. que fomentara y permitiera el rescate de cubanos mientras que a los haitianos se les negaba la oportunidad de presentar sus casos de asilo? La injusticia de la política se volvió un asunto de peso durante la elección presidencial estadounidense de 1992. Durante la campaña, el aspirante demócrata Bill Clinton atacó con dureza las crueles políticas de George Bush con respecto a Haití, especialmente el trato severo que recibieron los refugiados. Al poco tiempo de su elección, sin embargo, Clinton rápidamente cambió esas políticas, volviéndolas aún más severas al ampliar el bloqueo (rotundamente ilegal) contra Haití, para impedir que los refugiados escaparan del creciente terror (supuestamente «por razones humanitarias, [pues] la meta era salvar vidas»). La estrategia de Clinton resultó acertada ya que el flujo de refugiados, que había alcanzado más de 30.000 en 1992, disminuyó notablemente bajo su gobierno hasta más o menos el nivel de 1989, antes del descenso bajo el presidente haitiano Jean-Bertrand Aristide⁵.

UNA NUEVA CRISIS DE MIGRACIÓN: EL VERANO DE 1994

En escenas que hacían recordar los hechos e incidentes que llevaron al puente marítimo Mariel-Cayo Hueso de 1980, una serie de invasiones a embajadas y asaltos a barcos por parte de cubanos buscando asilo perturbó la usualmente pacífica ciudad de La Habana entre mayo y agosto de 1994. El 28 de mayo, más de cien personas entraron por la fuerza a la residencia del embajador belga. El 13 de julio, 21 personas entraron a la embajada alemana. Dos días después, nueve personas entraron al consulado chileno. Las crisis de las embajadas se resolvieron sin violencia. La mayoría de los asaltos a las naves, sin embargo, tuvo resultados violentos. El 13 de julio, por lo menos 32 personas se ahogaron cuando un remolcador secuestrado fue embestido por dos remolcadores del gobierno cubano tras salir del puerto de La Habana. El 26 de julio y el 3 y 4 de agosto, las lanchas que transportaban pasajeros de La Habana a Regla, servicio activo durante casi un siglo, fueron secuestradas y llevadas a Miami. La violencia se utilizó en todos estos asaltos y uno de ellos concluyó con la muerte de un oficial de la policía cubana el 4 de agosto⁶.

Como estos incidentes ocurrían con más frecuencia y violencia, el 5 de agosto el presidente Castro dio una rueda de prensa televisada para explicar la posición del gobierno cubano al respecto. Estaba visiblemente molesto, no con su público televidente nacional, sino con el gobierno estadounidense. Más temprano, ese mismo día, la policía cubana había aplacado un pequeño motín en la ciudad de La Habana. El motín, explicó Castro, fue causado por rumores de un «puente marítimo a Miami patrocinado por Estados Unidos». Continuó diciendo que si Estados Unidos seguía fomentando

la migración ilegal, el gobierno de Cuba revocaría su política de detener a las personas que intentaban emigrar ilegalmente. «O ellos [Estados Unidos] toman medidas serias para guardar sus costas, o nosotros dejaremos de obstaculizar el paso de aquellos que quieran salir del país y dejaremos de obstaculizar a aquellos [en Estados Unidos] que quieran venir a buscar a sus familiares aquí»⁷.

Las palabras de Castro ya eran conocidas para su público. Había dicho algo parecido en 1965 cuando anunció el puente marítimo desde el puerto de Camarioca y, de nuevo, en 1980, para anunciar el del Mariel. Aún más siniestro, sin embargo, era el hecho de que, como ocurrió durante los puentes marítimos anteriores, Cuba estaba pasando por una época de crisis y enormes dificultades económicas. La gran diferencia con los sucesos de 1965, radicaba en que la de 1994 era la peor crisis económica de la historia del país. La economía parecía haber tocado fondo. A medida que los bienes de consumo, comida y petróleo se volvían cada vez más escasos, el pueblo se tornaba más y más tenso e inquieto.

Estados Unidos respondió a las crisis económica y política de Cuba con claras señales de estímulo para aquellos que trataban de escapar de la Isla. De hecho, tantos lo intentaron, que agosto de 1994 pronto se convirtió en un mes que batió todos los récords en la historia de la migración cubana hacia Estados Unidos, algo que llamó la atención de los medios en ese país. El *New York Times*, *The Miami Herald*, *El Nuevo Herald*, *Time* y *Newsweek* fueron algunos de los muchos periódicos y revistas que intentaron mantenerse al día con las cifras que establecían nuevos récords, publicando tablas y gráficos diarios o semanales. Se calcula que por lo menos 25.000 balsaeros, que viajaban en cualquier cosa que flotara, habían salido hacia el Norte desde el puerto cubano de Cojimar durante ese mes (ver Tabla 2). La migración desde Cuba se encontraba de nuevo en las primeras planas y los titulares eran igual de dramáticos que siempre: «Guardia Costera estadounidense protegerá Estrecho de Florida»⁸, «Naves preparadas para evitar éxodo de Cuba»⁹, «No permitiremos otro Mariel»¹⁰, «EE. UU. insinúa bloqueo»¹¹. Como en el pasado, Estados Unidos parece haber sido sorprendido y de nuevo reaccionaba frente a una crisis de inmigración cubana en la que tenía poco control sobre lo que sucedía.

La falta de control del gobierno de Estados Unidos sobre la migración, junto a la elevada cifra de llegadas diarias, llevó a algunos analistas a comparar el éxodo de agosto con el puente marítimo Mariel-Cayo Hueso de 1980. La comparación no era infundada; por ejemplo, quedaba claro que Castro podía controlar la migración a su gusto. En tres discursos televisados para el público cubano, uno presentado en vivo en Estados Unidos por Cable News Network (CNN), Castro explicó repetidamente que, gracias a la larga historia de estímulo a los cubanos por parte de Estados Unidos para dejar el país ilegalmente, y a la luz de la reciente serie de asaltos a naves de propiedad del Estado, su gobierno dejaría de impedir el paso de aquellos que desearan abandonar el país¹².

TABLA 2
ESTADÍSTICAS DE LA GUARDIA COSTERA DE EE. UU.
SOBRE RESCATE DE CUBANOS (1981-1994)

AÑO	NÚMERO DE PERSONAS RESCATADAS	AUMENTO PORCENTUAL DESDE EL AÑO ANTERIOR
1981	no pertinente	—
1982	no pertinente	—
1983	47	—
1984	19	-60
1985	43	+56
1986	27	-37
1987	44	+63
1988	59	+34
1989	391	+563
1990	467	+19
1991	2.203	+372
1992	2.557	+16
1993	3.656	+43
1994	37.139	+916

Fuente: Seventh Coast Guard Public Affairs Office, Miami, citado en: Castro, Max. J.; «Cuba: The Continuing Crisis», en: The North South Agenda, n° 13, abril, 1995, p. 4.

Sin embargo, por lo menos tres factores distinguían la nueva crisis del puente marítimo Mariel-Cayo Hueso:

1] Las cifras en 1994 tenían el potencial de sobrepasar las de 1980. El 23 de agosto la Guardia Costera estadounidense logró el récord de rescates de cubanos en el Estrecho de la Florida en un día: 2.886. Y en el período de doce días, desde el 13 al 25 de agosto, la Guardia Costera rescató 13.084 balseiros, una cifra mucho más grande que los 9.340 que llegaron en los primeros doce días del Mariel. El total de rescates del mes de agosto fue 21.300¹³.

2] A diferencia de la imposibilidad de Jimmy Carter de detener el puente marítimo de Mariel-Cayo Hueso durante sus primeros días, Bill Clinton anunció el 19 de agosto que no se permitiría a los cubanos entrar en territorio estadounidense; en su lugar, serían rescatados en la mar y detenidos indefinidamente por las autoridades navales estadounidenses¹⁴.

3] A diferencia de las vacilaciones y los fracasos de Jimmy Carter en negociar con Castro, el gobierno de Clinton pudo negociar un acuerdo con el gobierno cubano para detener el éxodo.

Bill Clinton estaba decidido a evitar otro Mariel. Así que, después de consultar con el gobernador de la Florida, quien declaró un estado de emergencia, con Jorge Más Canosa, de la Fundación Nacional Cubano Americana (FNCA), y con otros líderes cívicos y políticos de la Florida, el presidente anunció el 19 de

agosto que los balseros cubanos ya no serían transportados a Estados Unidos. Serían detenidos indefinidamente en la base naval estadounidense en Guantánamo. El día 20 de agosto el presidente anunció que, además de detener a los balseros, el gobierno estadounidense tomaría las siguientes medidas: [1] Limitar las visitas a Cuba de cubanos nacionalizados estadounidenses, excepto en casos humanitarios extremos. [2] No permitiría que los cubanos nacionalizados siguieran enviando remesas de dinero a sus familiares en la Isla. [3] Exigiría un permiso especial para periodistas y académicos que desearan viajar a Cuba, expedido por el Departamento del Tesoro estadounidense¹⁵.

El cambio de política causó conmoción entre los cubanos, quienes creían que la inmigración a EE. UU. era un derecho, por lo menos mientras Castro estuviera en el poder. No obstante, el anuncio no detuvo de inmediato el flujo de balseros. Por el contrario, los días siguientes al anuncio de las órdenes de Clinton impusieron nuevos récords de rescates en un día. El 22 de agosto la Guardia Costera recogió 2.338 balseros y 2.886 el 23 de agosto¹⁶.

Para comprobar que estaba decidido, el gobierno de Clinton pidió al de Castro que disuadiera a los balseros de abandonar Cuba. El acuerdo de Cuba de utilizar únicamente «persuasión pacífica», junto a las amenazas de Washington de «detención indefinida», acabaron con las esperanzas de los que deseaban convertirse en refugiados. Por primera vez en 35 años Estados Unidos rehusaba permitir la inmigración desde Cuba. También era la primera vez en 35 años que los gobiernos de EE. UU. y Cuba se habían unido para detener a los refugiados escapando de un país catalogado por el Departamento de Estado como grave violador de los derechos humanos. La cooperación entre EE. UU. y Cuba detuvo gradualmente el éxodo y el 1 de septiembre de 1994, ambos países comenzaron una serie de conversaciones sobre asuntos de inmigración. Cuba propuso una agenda más amplia para discutir todos los asuntos que impedían a los dos países tener relaciones diplomáticas regulares, particularmente el embargo económico impuesto por Estados Unidos desde hacía más de tres décadas. Prevalció el gobierno de Clinton, que insistió en discutir únicamente los temas de inmigración.

Las primeras conversaciones se llevaron a cabo en Nueva York y concluyeron el 10 de septiembre con la promesa del gobierno cubano de continuar su política de disuadir de forma pacífica a los potenciales emigrantes de viajar en naves peligrosas. El gobierno cubano también acordó permitir que cualquier balsero detenido que deseara regresar a Cuba, pudiera hacerlo sin temor a sufrir represalias. Por su parte, el gobierno estadounidense acordó aceptar por lo menos 20.000 inmigrantes cubanos al año, así como persuadir a todos los balseros detenidos a volver a Cuba para solicitar una visa de entrada a EE. UU.

¿FIN DE LA POLÍTICA DE PUERTAS ABIERTAS?

El 2 de mayo de 1995 los gobiernos de Cuba y Estados Unidos llegaron a lo que parecía un acuerdo inmigratorio de beneficio mutuo. El nuevo acuerdo eliminaba la disposición de detención indefinida efectiva desde agosto de

1994. Esta noticia causó regocijo entre los balseros detenidos y sus familias en EE. UU. Todos los detenidos fueron gradualmente admitidos en EE. UU., hasta que Guantánamo se vació de balseros en marzo de 1996. No obstante, el acuerdo también estipulaba la deportación directa de todos los balseros que intentaran entrar en EE. UU. de forma ilegal en el futuro.

La llegada a Cuba de los primeros balseros deportados comprobó que los nuevos acuerdos migratorios podían funcionar y que EE. UU. y Cuba eran capaces de lograr acuerdos y trabajar en conjunto cuando los intereses de ambos países estaban de por medio. No obstante, a pesar de esa excepcional colaboración, ninguno de los gobiernos pudo detener la migración ilegal de Cuba. En 1999, mientras la economía cubana seguía desfalleciendo, 2.254 balseros llegaron a la Florida. Era la cifra más alta de llegadas desde la disminución drástica que ocurrió después de que se firmara el acuerdo de 1995 y que produjo únicamente 209 arribos.

Desafortunadamente, la capacidad de los dos países para cooperar en asuntos de inmigración no había reducido la hostilidad entre ellos. En febrero de 1996, el congreso de EE. UU. aprobó el proyecto de ley de «libertad cubana y solidaridad democrática» (*Cuban Liberty and Democratic Solidarity Act*), también conocida como la ley Helms-Burton. Además de ampliar aún más el embargo económico de EE. UU. contra Cuba, amenazaba con tomar represalias contra las empresas extranjeras que invirtieran en la Isla, y le dio a los ciudadanos cubanos residentes en EE. UU. el derecho a demandar al gobierno cubano en las cortes estadounidenses con el fin de recuperar propiedades perdidas en Cuba. El presidente Clinton, quien estaba parcialmente en desacuerdo con el proyecto, debido a sus efectos extraterritoriales, lo firmó para convertirlo en ley después de que la Fuerza Aérea cubana derribara dos aviones de Hermanos al Rescate con el argumento de que habían violado el espacio aéreo de la Isla.

La ley Helms-Burton aumentó la hostilidad entre Cuba y EE. UU. Era un recordatorio más, quizás el más fuerte, de que la Guerra Fría entre los dos países estaba lejos de haberse terminado y de que, mientras esa hostilidad existiera, sería muy difícil, si no imposible, lograr un flujo migratorio normal entre La Habana y Miami. De hecho, aun antes de la promulgación de la ley

LUIS SOLER, 43 años. Diseñador gráfico. Salió de Cuba el 15 de agosto de 1994 y llegó a Cayo Hueso tres días después con una severa infección en una pierna. Fue el último balsero que pudo entrar a territorio de EE. UU. y ser procesado antes de la decisión de Clinton de enviar a los cubanos a Guantánamo. Dirige desde 1999 Graphísima, compañía de publicidad y diseño gráfico. Hace dos años fundó Passenger Care, firma de protección de equipajes que opera a nivel nacional.

” Comenzamos a hacer la balsa en casa de un babalawo, padrino de uno que hizo la travesía. Cuando la terminaron y el babalawo la bendijo, no cabía por la puerta de la cocina, y hubo que abrir la pared a mandarrazos. Nos tiramos de noche por la playita de 16. Durante los tres días estuvo lloviendo y la balsa se destruyó, quedando sólo las gomas. Cuando el buque madre de los guardacostas nos rescató, yo estaba delirando, con más de cuarenta grados de fiebre y una infección en la pierna, desgarrada por picadas de peces. Me envolvieron en una manta, me recogió un helicóptero y luego una lancha rápida con destino al hospital de Cayo Hueso.

(«Testimonios de la búsqueda de un sueño», en: *El Nuevo Herald*, 9 de agosto, 2004, p. 12A)

Helms-Burton, una nueva y tácita política inmigratoria, que afectaba únicamente a los cubanos, se había desarrollado: la de «pie seco, pie mojado». Cualquier emigrante cubano rescatado, o detenido por la Guardia Costera estadounidense, antes de llegar al territorio de EE. UU. (pie mojado), debía ser deportado de inmediato a Cuba según el acuerdo de 1995. Por otro lado, cualquier emigrante cubano que llegara a EE. UU. sin ser detectado por las autoridades de inmigración del país (pie seco) lograría el derecho de solicitar asilo político.

La política de «pie seco, pie mojado» se ha vuelto en el Estrecho de la Florida un juego profundamente peligroso y frecuentemente mortal entre el gato y el ratón: la Guardia Costera estadounidense y lancheros privados con naves que alcanzan altas velocidades. Según los cálculos de la Guardia Costera, desde octubre de 1998 hasta abril de 1999, más de 1.000 lancheros lograron llegar a la Florida. Cada pasajero sobreviviente, y aquellos que no sobrevivieron, pagó por lo menos 2.000 y quizás hasta 10.000 dólares para aumentar sus posibilidades de llegar a EE. UU. con los pies secos. De acuerdo a los reglamentos de inmigración estadounidenses que afectaban únicamente a los cubanos, y en flagrante contradicción con el Acta de Refugiados de EE. UU., de 1980, todos los sobrevivientes reciben asilo político, así no tengan «fundados temores» de persecución en su país por sus opiniones políticas. Además, gracias a la «ley de ajuste cubano» de 1966, después de un año solamente de residencia en EE. UU., los cubanos tienen derecho a solicitar la residencia permanente.

La Crisis de los Balseros y sus repercusiones fueron consecuencia natural de las políticas de inmigración extremadamente politizadas de ambos gobiernos. Por lo tanto, mientras EE. UU. y Cuba sigan librando su Guerra Fría, que ya lleva décadas, y sigan vigentes la «ley de ajuste cubano», la política de «pie seco, pie mojado» y la ley Helms-Burton, los balseros seguirán llegando a las costas estadounidenses, seguirán siendo rescatados y deportados por la Guardia Costera de EE. UU. y también seguirán muriendo en el Estrecho de la Florida.

- | | |
|--|--|
| 1 <i>The Miami Herald</i> (3 de diciembre, 1997). | 7 <i>The Miami Herald</i> (6 de agosto, 1994). |
| 2 Castro, Fidel; <i>La razón es nuestra</i> ; Editora Política, La Habana, 1994. | 8 <i>The Miami Herald</i> (11 de agosto, 1994). |
| 3 <i>Juventud Rebelde</i> (6 de marzo, 1994, p. 1). | 9 lb. |
| 4 <i>The Miami Herald</i> (2 de agosto, 1994); (9 de enero, 1995). | 10 lb. (19 de agosto, 1994). |
| 5 Noam Chomski, en la introducción a <i>The Uses of Haití</i> , de Paul Farmer (pp. 37-38). | 11 lb. (22 de agosto, 1994). |
| 6 Rodríguez Chávez, Ernesto; «La Crisis Migratoria», 14. | 12 Castro, Fidel; op. cit., p. 33. |
| | 13 <i>New York Times</i> (9 de septiembre, 1994). |
| | 14 <i>The Miami Herald</i> (20 de agosto, 1994). |
| | 15 <i>The Miami Herald</i> (21 de agosto, 1994). |
| | 16 lb. (24 de agosto, 1994). |